

NUESTRO PADRE DIOS

Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del Cielo; así como por El nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado a ser hijos adoptivos por Jesucristo ¹.

Con palabras solemnes, San Pablo revela a los cristianos el misterio de su filiación divina adoptiva, escondido en Dios desde la eternidad y manifestado en la plenitud de los tiempos, cuando *envió Dios a su Hijo, formado de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos ²*. Y es que, como enseñaba nuestro Fundador, *el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia El, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones ³.*

(1) *Ephes.* I, 3-5.

(2) *Galat.* IV, 4-5.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 84.

El misterio del Verbo

El Espíritu Santo inspiró al Apóstol predilecto de Cristo las palabras solemnes que resumen la misión visible del Verbo en la tierra. El misterio salvador, escondido por los siglos, nos ilumina ahora. *En el mundo estaba, y el mundo fue por El hecho y el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron; pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dioles poder de llegar a ser hijos de Dios, los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad* ⁴.

Nada puede el pensamiento de los sabios ni la fuerza de los fuertes, para arrebatarse esta verdad que alimenta nuestra alegría y nuestra esperanza. Sólo los pequeños, los verdaderamente pobres, lo débil de este mundo, los humildes supieron dar cabida en su alma a esta asombrosa revelación divina. Dios les comunicó el gran amor que les tenía; cómo, por la misión redentora del Verbo, había decidido renovar y fortalecer el gran misterio de la filiación adoptiva. *Y yo me preguntaba: ¿cómo voy a contarte entre mis hijos y darte una tierra deliciosa, la posesión más preciosa de las gentes? Y yo decía: me llamarás ¡Padre mío!, y no te volverás de detrás de mí* ⁵.

Con ternura paternal se había inclinado Dios sobre los hombres, que eran como niños pequeños que nada sabían aún discernir: *Yo enseñé a andar a Efraím, le tomé en mis brazos, mas ellos no reconocieron que Yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor; fui para ellos como quien alzara el yugo de sobre su cuello e inclinándoles a ellos la comida les diera de comer* ⁶. Y los hombres, como niños díscolos, se obstinaban en el mal. Pero el Señor se volvía a apiadar de

(4) *Ioann.* I, 10-14.

(5) *Jerem.* III, 19.

(6) *Osee* XI, 3-4.

sus hijos: ¿es Efraím para mí un hijo querido, niño de mis delicias? Pues cuantas veces le amenazo, me vuelvo a acordar bien de él; por eso mis entrañas por él se conmueven, y he de tener de él piedad, afirma Yavé⁷.

Hijos de Dios en Jesucristo

Jesucristo reveló a los suyos los tesoros de nuestra filiación adoptiva. *Mirad*, exclama San Juan, *qué tierno amor ha manifestado el Padre hacia nosotros, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y en verdad lo seamos*⁸. Este es el designio del Padre, ésta es la categoría a que ha querido elevarnos: que podamos sentir la alegría, el orgullo santo de llevar el nombre de hijos de Dios; pero más aún, que lo seamos efectivamente, que se realice en nosotros un cambio, que seamos realmente hechos *partícipes de la naturaleza divina*⁹, y así el nombre de hijos responda también a una cualidad real de nuestras almas. *Esto tiene de más la adopción divina sobre la humana: que, al adoptar al hombre, Dios lo hace idóneo, por medio del don de la gracia, para recibir la herencia celestial; el hombre, por el contrario, no hace idóneo a aquél a quien adopta, sino más bien elige para adoptar a quien era ya idóneo*¹⁰.

Nuestra filiación divina se llama adoptiva para distinguirla de la filiación divina natural, que sólo corresponde al Verbo; pero está por encima de la misma filiación natural humana: somos más hijos de Dios que hijos de nuestros padres.

En la filiación natural humana, lo que es ahora vida de los hijos ya no lo es de los padres; el alma no la han recibido de ellos, sino de Dios; y cuando el hijo logra su plena madurez, se hace independiente de sus padres. Por el contrario, en nuestra filiación divina es la misma vida de

(7) *Jerem.* XXXI, 20.

(8) I *Joann.* III, 1.

(9) II *Petr.* I, 4.

(10) Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 23, a. 1.

Dios lo que da vida sobrenatural a nuestras almas, lo que la mantiene y la desarrolla; de Dios lo hemos recibido absolutamente todo; y mientras hay vida sobrenatural en nosotros, vivimos en Dios, con una unión, con una identificación con Cristo que puede y debe ser creciente, hasta llegar a ser *ipse Christus*, el mismo Cristo, una sola cosa con El.

Nuestro Padre nos ha hecho meditar con frecuencia este requiebro amoroso del Señor: *tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*¹¹. *Tú eres mi hijo: se dirige a Cristo y se dirige a ti y a mí, si nos decidimos a ser alter Christus, ipse Christus.*

*Las palabras no pueden seguir al corazón, que se emociona ante la bondad de Dios. Nos dice: tú eres mi hijo. No un extraño, no un siervo benévolamente tratado, no un amigo, que ya sería mucho. ¡Hijo! Nos concede vía libre para que vivamos con El la piedad del hijo y, me atrevería a afirmar, también la desvergüenza del hijo de un Padre, que es incapaz de negarle nada*¹².

Dios mismo —el Verbo eterno del Padre— se hizo hombre en Cristo, de modo que la gracia que nos hace partícipes de la naturaleza divina es participación de la plenitud de gracia del alma humana del Señor; somos hijos de Dios *en Cristo*, que es *unigénito del Padre*¹³ y, a la vez, *primogénito entre muchos hermanos*¹⁴. Porque desde que el hombre pecó, sólo en Cristo tenemos la filiación divina, sólo Cristo nos ha traído la gracia que nos diviniza. Somos hijos de Dios en la medida en que pertenecemos a Cristo, en la medida en que vivimos por El, con El y en El.

De este modo, hemos sido incluidos en la vida íntima de Dios, hemos adquirido unas profundas relaciones —de familia, podríamos decir— con las tres Personas divinas, porque *la adopción, aunque sea común a toda la Trinidad, se apropia sin embargo al Padre como a su autor, al Hijo como a su ejemplar, al Espíritu Santo como al que imprime en nosotros la semejanza a ese ejemplar*¹⁵.

(11) Ps. II, 7.

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 185.

(13) *Ioann.* I, 14.

(14) *Rom.* VIII, 29.

(15) Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 23, a. 2 ad 3.

La oración de los hijos

La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños ¹⁶. Y como a hijos pequeños, el Señor mismo nos ha enseñado cómo ha de ser nuestra oración, para que sea escuchada por el Padre del Cielo: *ved cómo habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...* ¹⁷.

Al conformarnos con el Hijo, el Espíritu Santo nos lleva al conocimiento y al amor del Padre. El don de piedad da todo su sentido a la oración que Jesucristo nos enseñó, y decimos, con verdad: PADRE NUESTRO, QUE ESTAS EN LOS CIELOS. Al decir Padre, nos sabemos verdaderamente hijos; nos embarga un amor personal, tierna y efusivamente filial. *¿Qué es más asombroso —exclama San Pedro Crisólogo—, que Dios se dé a la tierra o que nos dé el cielo?, ¿que se una a nuestra carne o que nos introduzca en la comunión de su divinidad?, ¿que asuma El la muerte o que a nosotros nos llame de la muerte?, ¿que nazca en forma de siervo o que nos engendre en calidad de hijos suyos?, ¿que adopte nuestra pobreza o que nos haga herederos suyos, coherederos de su Hijo? Sí, lo que causa más maravilla es ver la tierra convertida en cielo, el hombre transformado por la divinidad, el siervo con derecho a la herencia de su señor* ¹⁸.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE, seguimos diciendo a Nuestro Padre Dios, como lo más importante que tenemos que decirle, como el deseo más fuerte, como el interés más acuciante, porque *la gloria de los hijos son sus padres* ¹⁹. Bien lo hemos aprendido de nuestro Fundador, a quien el Espíritu Santo elevó a un altísimo grado de piedad filial. *Descansad en la filiación divina. Dios es un Padre lleno de ternura, de infini-*

(16) *Es Cristo que pasa*, n. 65.(17) *Matth.* VI, 9.(18) San Pedro Crisólogo, *Sermo* 67.(19) *Prov.* XVII, 6.

to amor. Llámale Padre muchas veces al día, y dile —a solas, en tu corazón— que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo. Supone un auténtico programa de vida interior, que hay que canalizar a través de tus relaciones de piedad con Dios (...), que te permitirán adquirir los sentimientos y las maneras de un buen hijo ²⁰. Sabernos hijos nos lleva a trabajar con alegría por la gloria de Dios; queremos, sobre todo, que su Nombre sea santificado.

Al empezar a gozar de las primicias de nuestra herencia, experimentamos la necesidad de *recapitular en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra* ²¹, y pedimos a Dios: **VENGA A NOSOTROS TU REINO**. Y el Reino de Dios viene y se establece en la tierra, por su Iglesia; a partir de ese momento la tierra ya no es para nosotros ese lugar hostil a donde fuimos a parar después del pecado original, sino que es parte de nuestro reino. Sólo que este reino debe ser progresivamente conquistado, redimido; y para eso estamos nosotros con Cristo en la tierra. *A lo largo de los años —escribe nuestro Fundador—, he procurado apoyarme sin desmayos en esta gozosa realidad. Mi oración, ante cualquier circunstancia, ha sido la misma, con tonos diferentes. Le he dicho: Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello, y yo confío en Ti. Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de sus padres. Mi experiencia sacerdotal me ha confirmado que este abandono en las manos de Dios empuja a las almas a adquirir una fuerte, honda y serena piedad, que impulsa a trabajar constantemente con rectitud de intención* ²².

HAGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO. A nosotros, como a Jesucristo, el cumplimiento de esa Voluntad nos sirve de alimento. Aprendemos a reconocer la Voluntad del Padre en todo lo que nos sucede, en lo que los hombres llaman bueno y en lo que consideran malo. El sentido de la filiación divina impregna así nuestra entera existencia, y *se traduce en un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez, de imitar a Jesucristo como hermanos suyos, hijos de Dios Padre, y de estar siempre en la presencia de Dios; filiación*

(20) *Amigos de Dios*, n. 150.

(21) *Ephes. I, 10*.

(22) *Amigos de Dios*, n. 143.

que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad ²³.

Pero como somos hombres, llega el momento de sentir, acuciantes, nuestras necesidades, las materiales también. Y de nuevo la filiación divina da forma a nuestra oración: EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DANOSLE HOY. Lo pedimos así, con sencillez, sin preocupación, porque ya nos ha aleccionado el Señor. Nuestro Padre Dios alimenta a las aves del cielo y viste con primores a los lirios del campo; y nosotros somos más que las aves y que los lirios: somos hijos de Dios. *Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos? Como hacen los paganos, los cuales andan ansiosos tras todas esas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis* ²⁴. Para pedir las nos bastan pocas palabras, como a los niños, ya que no imaginamos haber de ser oídos a fuerza de mucho hablar: *bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester, antes de pedirselo* ²⁵. Y porque somos hijos, tenemos plena confianza en la largueza de Nuestro Padre; *pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?* ²⁶.

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS. No nos engañamos: de sobra sabemos que estamos cargados de deudas, que somos como aquel siervo que mucho debía a su amo y no tenía con qué pagar ²⁷; que, como el hijo pródigo, hemos dilapidado muchas veces nuestra herencia, y ya no somos dignos de ser llamados hijos ²⁸. Pero la confianza en nuestro Padre del Cielo no deja entrar en nuestra alma la desesperanza, porque *cuando un alma de niño hace presentes al Señor sus deseos de indulto, debe estar segura de que verá pronto cumplidos esos deseos: Jesús arrancará del alma la cola inmunda, que arrastra por sus miserias pasadas; quitará el peso muerto, resto de todas las impurezas, que le hace pegarse al suelo; echará lejos del niño todo el lastre terreno de su corazón para que suba*

(23) *Catecismo*, 5ª edición, n. 62.

(24) *Matth.* VI, 31-32.

(25) *Matth.* VI, 8.

(26) *Matth.* VII, 11.

(27) *Cfr. Matth.* XVIII, 23-35.

(28) *Cfr. Luc.* XV, 21.

hasta la Majestad de Dios, a fundirse en la llamarada viva de Amor, que es El ²⁹.

Y como somos hijos de Dios, somos todos hermanos. De ahí que, si nos apoyamos en nuestra filiación divina para pedir perdón de nuestras culpas, debemos, fundados en la fraternidad de todos los hombres en Cristo, perdonar a quienes nos hayan ofendido; para que Dios borre nuestras culpas **ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES**. Obraremos así, como nos dijo Jesucristo, *para ser hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores* ³⁰. La filiación divina se hace fuente segura de unidad, que tiene su ejemplar en la unidad de las tres Personas de la Santísima Trinidad.

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION, MAS LIBRANOS DEL MAL. La conciencia misma de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza se penetra del sentido de la filiación divina y termina con esta súplica, porque *el niño débil, si es discreto, procura estar cerca de su Padre* ³¹. Y nosotros, hijos de Dios, hemos de ver siempre el mal en donde únicamente está: en el pecado.

AMEN, decimos con confianza, con seguridad y abandono de niños. *¡Oh Padre!, gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que Yo ya sabía que siempre me oyes* ³².

Fundamento de nuestra esperanza

Si la filiación divina es el fundamento de nuestra espiritualidad, es también —por eso— el cimiento de nuestra alegría y de nuestra esperanza, frente a los temores y a las angustias del mundo: pues hemos recibido *el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre! Y con razón, porque el mismo Espíritu de Dios está dando testi-*

(29) *Camino*, n. 886.

(30) *Matth.* V, 45-46.

(31) *Camino*, n. 880.

(32) *Ioann.* XI, 41-42.

monio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo con tal de que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados ³³. Tenemos ya las primicias de nuestro reinado, pero sobre todo la promesa del Reino definitivo de Dios, que nos viene con la gracia, en la cual permanecemos firmes y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios ³⁴.

Desde la cumbre de nuestra filiación divina vemos ya —a la luz de la fe— el término, el advenimiento total del Reino de Nuestro Padre Dios. Allí será consumada nuestra unidad en el Bien, en el Amor y en la Verdad. Y cuando ahora, en la tierra, nos topamos con el mal, en sus muchas manifestaciones, comprendemos que la Redención —plenamente acabada por Cristo— no lo está en sus efectos en el mundo, que la promesa sigue vigente. Una promesa que es más poderosa que nuestras infidelidades, porque se funda en la fidelidad infinita de Nuestro Padre del Cielo: *hay que aprender a ser hijo de Dios. Y, de paso, transmitir a los demás esa mentalidad que, en medio de las naturales flaquezas, nos hará fuertes en la fe (I Petr. V, 9), fecundos en las obras, y seguros en el camino, de forma que cualquiera que sea la especie del error que podamos cometer, aun el más desagradable, no vacilaremos nunca en reaccionar, y en retornar a esa senda maestra de la filiación divina que acaba en los brazos abiertos y expectantes de Nuestro Padre Dios* ³⁵.

Es seguro el advenimiento definitivo del Hijo de Dios sobre la tierra; y nosotros ahora tenemos la gracia y el deber de prepararlo, de incorporarnos a la Pasión de Cristo, a la Redención, de continuarla en nosotros, de hacer que la salvación se nos aplique. Esta es nuestra tarea, nuestro gozo, nuestra realidad y nuestra esperanza.

Esta esperanza no es una evasión hacia cierta realidad más allá de la historia, que —entre ensueños— nos haga medianamente soportable lo que aquí y ahora nos es dado. Es todo lo contrario de una evasión, porque no es siquiera un ciego aceptar y dejarse llevar; es un afrontar la realidad, con ánimo fuerte, para cambiarla. *La fe nos enseña que todo*

(33) Rom. VIII, 14-17.

(34) Rom. V, 2.

(35) Amigos de Dios, n. 148.

tiene un sentido divino, porque es propio de la entraña misma de la llamada que nos lleva a la casa del Padre. No simplifica, este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano, la complejidad humana; pero asegura al hombre que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria ³⁶.

* * * * *

Esta es la lucha que combatimos y la noticia que esparcimos, la Buena Nueva redentora que nuestro apostolado comunica e instaura. Decimos a los hombres que están llamados a ser hijos de Dios, les hacemos oír la tierna queja de Dios: *si Yo soy Padre, ¿dónde está la honra que me corresponde?* ³⁷; y les invitamos a que saquen las consecuencias.

La conciencia de nuestra filiación divina impone a nuestras obras un modo propio en cada situación concreta: *los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres!*

Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza!

Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios? ³⁸.

Y esta conciencia, que engendra virtud y atrae a la tierra el Reino de Dios, llena de íntimo gozo el alma, de sorprendente alegría: *“Padre —me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo... ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, “engallado” el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!”*

Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la “soberbia” ³⁹.

(36) *Es Cristo que pasa*, n. 177.

(37) *Malach.* 1, 6.

(38) *Camino*, n. 265.

(39) *Camino*, n. 274.